

Posted on Thu, Feb. 15, 2007

PUNTO DE VISTA

La Miami Symphony, un sueño hecho calidad

By DANIEL FERNANDEZ
El Nuevo Herald

El fundador de la Miami Symphony, maestro Manuel Ochoa, pudo realizar su sueño de crear una orquesta sinfónica para Miami. Sin embargo, falleció antes de ver otro sueño convertido en realidad: el que ésta debutara en el nuevo Centro de las Artes de Miami (Carnival).

Este debut se realizó por todo lo alto --y con sentido homenaje a su memoria-- el sábado bajo la batuta del nuevo director, el internacionalmente aclamado Eduardo Marturet.

La ocasión y el programa atrajo un nutrido público que casi colmaba el amplio Knight Concert Hall. Esa ha sido siempre una de las estrategias exitosas de esta orquesta, ofrecer al público un programa variado con piezas conocidas y gustadas por todos, pero dejando espacio para lo más nuevo y para obras menos frecuentes.

Abrió la noche *Un Retrato de Lincoln*, de Copland, en recordatorio de que al día siguiente se celebraba un aniversario más del nacimiento del famoso presidente de este país.

Actuó como narrador Michael Putney, conocida figura de la radio y la televisión. Esta obra, interpretada con calibrada efectividad y acople, fue también ofrecida en recordatorio de Ochoa.

La segunda oferta de la noche contaba como solista a una de las estrellas de la música que el maestro Ochoa dio a conocer en Miami, Valery Kuleshov, quien brilló con su estilo mercurial e intenso en el *Concierto para piano y orquesta no. 1, op. 23*, de Chaicovski. Y tan brillante fue el cierre del primer movimiento, que el público aplaudió nutridamente.

Sin embargo, en el segundo y tercer movimientos --tocados sin interrupción-- orquesta y solista lograron un acople más refinado y una más depurada transmisión del espíritu romántico que colma esta bella obra. La ovación fue sonada y de pie.

En correspondencia, Kuleshov tuvo a bien regalar como contrastante *encore* el dulce *Vocalise*, de Rachmaninov, y luego --como el público volviera con su lluvia incesante de aplausos-- una obra de Scriabin. Bellas sin duda, pero después de un concierto de tal calibre, a veces los *encores* como que mellan el efecto espectacular de los finales.

La segunda parte de la noche estuvo dedicada a obras que lamentablemente ya no son tan frecuentes en las salas de concierto. Y cabe preguntarse ¿por qué tanta promoción de mediocridades recientes que las orquestas se empeñan en dar a conocer --y de cuyos nombres prefiero no acordarme-- cuando hay tanto en el repertorio que ha ido cayendo en un inmerecido olvido?

Las *Danzas de Galanta*, de Kodaly, compiten en popularidad con su *Hary Janos*; pero no son menos bellas, y Marturet hizo con éstas un cuidadoso trabajo que las mostró en toda su gracia.

Exquisito paréntesis melódico el *Notturmo* de Giuseppe Martucci, que promete convertirse en distintivo de este director que lo entrega con peculiar dedicación.

Luego, como cierre espectacular *Las danzas polovtsianas del Príncipe Igor*, de Borodin, que fueran tan populares hasta finales del siglo pasado y que ahora --como tantas obras rusas románticas-- son algo que prácticamente sólo se puede escuchar en discos.

Marturet llevó esta obra a toda su palpitante dimensión y la ovación no se hizo esperar, por lo que tampoco demoraron los tres formidables *encores* que uno tras otro regalaron con gracia el maestro y la orquesta: *Oblivion*, de Piazzolla, *Adagietto* y la *Farandole de La arlesiana*, de Bizet.

Realmente la Miami Symphony es un sueño que se ha hecho calidad.

Una calidad que dice mucho de Miami y los miamenses y que debería tener un mayor apoyo. Con el debido respaldo monetario de la ciudad y de las empresas privadas esta muestra de la heroica cultura local --que aquí todo lo que no sea deporte y pachanga hay que hacerlo contra viento y marea-- podría convertirse en una fuerza musical de estatura y repercusión mundial.

Los señores patrocinadores tienen la palabra. •

dfernandez@herald.com